

delfines que jugaban al rededor de la proa, lanzando por sus narices chorros de agua que brillaba con los rayos del sol. El espectáculo, desconocido para él, del volcan del Etna, iluminando la isla, el mar y el cielo, lo retenia durante la noche sobre el puente.

Los caballeros, para reservarse ellos solos el mérito y el precio de la cautividad del sultan de los otomanos, tenian cuidado de ocultar en los puertos y á los buques extrangeros el depósito precioso que llevaban á su bordo. Una noche, en que Djem y sus amigos, reunidos sobre el puente, cenaban alumbrados por multitud de lámparas, y gozaban de esta iluminacion de las olas, la tripulacion forzó á los pasajeros á apagar las luces y á bajar á oscuras á la cámara, temiendo caer en manos de los almirantes de Francia ó de Nápoles. Siete navíos encontrados el dia siguiente en la costa de Calabria, fueron asi eludidos con la reclusion de los pasajeros. Ya no se volvió á iluminar el puente.

Despues de seis semanas de misteriosa navegacion, Blanchefort desembarcó á su prisionero en el puerto de Niza. Djem, que se creia libre bajo la guardia, en apariencia honorifica de sus amigos de Rodas, y en uno de sus castillos de Europa, gozó con deleite del cielo y de las costas de Niza, que le traian á la memoria al mar de Cilicia. Él escribió sobre los encan-

tadores paisajes de Niza versos melancólicos, en que respiraba el recuerdo de la patria representada con un cielo parecido al suyo. Sin embargo, ansioso de proseguir su camino hácia la Hungría, se admiró de su larga permanencia en Niza, y dió á Blanchefort la órden de llevarlo, segun su promesa, á Venecia. Blanchefort y los caballeros, confidentes de las astucias de Aubusson, alegaron la imposibilidad de salir de una tierra francesa sin autorizacion del rey de Francia, á quien pertenecia Niza. Estimularon á Djem á que enviara uno de sus servidores á este soberano para que le diera permiso para salir de su país. Le aseguraron que este enviado volveria dentro de pocos dias á Niza con la respuesta, y tal vez con la alianza del Monarca. De esta suerte engañaban á un cautivo. Djem escogió para esta embajada al mas literato y al mas político de sus visires, Nassuh-Tchelebi, compañero de sus estudios y de sus hazañas en Asia. Los caballeros que acompañaban á Nassuh-Tchelebi lo hicieron detenerse á tres jornadas de marcha y desaparecer en una de sus encomiendas de Provenza. Cuatro meses de expectativa y de incertidumbre trascurrieron sin que lograrse Djem recibir ninguna noticia de su enviado. Él lo creia en la corte de Francia, detenido por la lentitud de las negociaciones.

XII

Entre tanto la peste, que estalló en Niza sirvió de pretexto á los caballeros para alejar mas á su cautivo del mar. Lo condujeron á una garganta estrecha y sombría de las montañas del Bugey, llamada Rossellon. La Orden poseia allí una encomienda. Aun se ven hoy los lienzos de muralla pegados á la roca, de la que parece que se han desprendido de un modo natural. A este aspecto, Djem no pudo prescindir de pensar que se hallaba en una prision. Sin embargo, se le permitió enviar desde allí á otros dos compañeros disfrazados al rey de Hungría, para saber si estaba expedito el camino á traves de la Suiza y de la Alemania. Sus dos emisarios, arrestados sin duda en el camino, no volvieron á aparecer; dos dias despues de su partida, un centenar de caballeros cubiertos de corazas rodearon de repente el torreón, cogieron los treinta compañeros de cautividad que tenia Djem, y no le dejaron mas que dos ó tres otomanos de su servidumbre. Estos treinta desterrados, fueron

embarcados en Niza y enviados á Rodas á merced de su fortuna.

Todos los paisanos de los pueblos vecinos al Rossellon, acudian, segun las crónicas, para ver en las ventanas del torreón al emperador de los turcos, huésped ó prisionero de los caballeros de Jerusalem. El duque de Saboya, de vuelta de la corte de Francia, adonde habia ido á saludar al nuevo rey Carlos VIII, se paró en el castillo de Rosellon. Djem, enamorado de la belleza de este príncipe de catorce años, le hizo presente de un sable de Damasco, incrustado de oro. Él excitó á este soberano á que lo sacara del poder de los caballeros. El duque de Saboya le prometió su apoyo; pero la Orden, que tenia privilegios y aliados en todas partes, era mas poderosa que un duque de Saboya. Sin embargo, los caballeros, inquietos con tal vecino y tal amistad, hicieron embarcar algunos dias despues á Djem en el Isere, y luego en el Ródano, para conducirlo, sin entrar por ciudades ni pueblos, á otra encomienda mas fuerte y mas aislada, situada en una peña casi inaccesible del valle del Puy en Velay. Se ignora cuantos meses ó años vivió Djem allí olvidado por todo el mundo.

XIII

Bajazet II, informado por Aubusson de las tentativas de su hermano para interesar al duque de Saboya y al rey de Francia, habia enviado á estas cortes un embajador, Husein-Beg, para prevenirlos contra toda alianza con Djem. El sultan, para conservar fieles á los caballeros de Rodas, les envió poco tiempo despues á este mismo Husein-Beg con un presente de reliquias, sacadas del tesoro de Santa Sofía, en Constantinopla. Era un cofre de ciprés, que contenia, si no miente la tradicion, una mano de San Juan Bautista. La reliquia, que pasó del monasterio de Petreion al tesoro del serrallo turco de Mahomet II, volvió por precio de una traicion al altar de la catedral de San Juan en Rodas. Este piadoso tributo del sultan y los cuarenta mil ducados de oro que lo acompañaban, estimularon la fidelidad de Aubusson á cumplir las promesas de la Orden. La política de los caballeros veía además en la posesion exclusiva de Djem una amenaza permanente entre sus manos contra la seguridad de Bajazet II. Redoblaron, pues la vigilancia de la prision.

Sea que el rey de Francia, informado al cabo por Nassu-Tchelebí de la cautividad de su señor, hubiese hecho algunas tentativas para favorecer su evasion, sea que el castillo de Puy no les pareciese inaccesible á la corrupcion de los otomanos, amigos del cautivo, lo trasportaron del valle del Puy al castillo de Sassenage en el valle del Isere. Este castillo, limítrofe de la Francia y la Saboya, les pareció mejor para sus designios que una residencia en el interior. En el caso en que uno de los soberanos hubiese intentado arrancarles su víctima por fuerza, podian hacerlo pasar, segun les conviniera de un Estado á otro. La mansion del infortunado sultan en el castillo de Sassenage está llena de misterios y de amores románticos que la tradicion habia puesto en el número de las fábulas, y que testimonios, hoy irrecusables, de escritores turcos y cristianos han elevado al rango de verdades históricas.

XIV

Djem, á pesar de sus muchas adversidades, estaba en la edad en que el corazon de los hombres busca

involuntariamente en el amor el olvido ó la recompensa de la ambicion defraudada ; aun no habia cumplido veintisiete años. La sangre ardiente de su padre que corria por sus venas, y que daba color á sus mejillas, su fisonomía á la vez pensativa y heróica, su estatura marcial, su destreza en todos los ejercicios de la caballería oriental, sus destierros, sus desdichas, su melancolía, la grandeza y los rigores de este destino, que lo habian llevado, á través de tantas aventuras, de un trono de Oriente á un torreón de las montañas del Delfinado, conmovieron el corazón de Filipina de Sassenage, hija del señor del castillo, á quien los caballeros de Rodas habian confiado la guardia de su prisionero. La juventud, la belleza, la tierna compasion pintada en el rostro de la hija siempre presente, de su carcelero, habian hecho nacer en el corazón de Djem una de esas pasiones lentas pero invencibles, á que tan bien predispone el infortunio, y que produciéndose bajo la forma de un simple consuelo del destierro, acaban por absorver toda la atencion de la vida. Los amores de Djem y de Filipina, bien fuese porque el misterio los ocultara á los guardias del preso, ó porque una union secreta y la promesa de ensalzar á su querida cristiana al trono de los otomanos, á ejemplo de sus antepasados, hubiesen apaciguado los escrúpulos del padre, encantaron

por espacio de muchos años la cautividad del príncipe. Las crónicas de la provincia del Delfinado aseguran, que el niño que nació de sus amores clandestinos en el castillo de Sassenage, fué educado por la hermosa Filipina, bajo la apariencia de un page, que se casó con una parienta de esta noble casa, y que la sangre de Othman corre quizá á estas horas por las venas de una oscura familia cristiana.

Algunas tentativas de evasion, urdidas por los turcos, servidores de Djem, y favorecidas por Filipina, han dejado igualmente rastro en la historia, y sus tradiciones al rededor de las ruinas de este castillo.

XV

En estos ocios, que embellecia el amor, escribió Djem, en el estilo del poeta persa Hafiz, algunas de sus odas medio filosóficas, y medio amorosas. El poeta se consuela, saboreando los deleites reales, de la pérdida de las grandezas imaginarias que faltaban al príncipe caído. Una de estas odas ó *Ghazel*, conservada por los historiadores italianos de su vida, re-

cuerda la filosofía de Diocleciano y la poesía de Salomon y de Anacreonte.

« Toma tu copa, Djem, » se canta á sí mismo ; « toma tu copa, y llénala del licor que da los sueños, « aunque estemos en la tierra del destierro, que habitaban los francos. La suerte decidirá de nosotros « ¿ Qué sirve irritarse ó derramar lágrimas ? Nadie « puede evitar el destino que le aguarda.

« Peregrino de la santa Kaaba (la Meca), yo he visitado en otro tiempo los desiertos de arena, yo he « habitado los valles y las cavernas de la Caramania ; « algunos pasos de un fiel en el recinto sagrado en « donde el peregrino hace sus paradas al rededor del « sepulcro del profeta, valen mas que toda la extensión del imperio otomano

« ¡ Gloria y gracia á Alá ! Yo soy ahora jóven, bello y sano, aunque desterrado en la tierra de los « francos. El que siente en sí la salud, el vigor y la « juventud es en todas partes el sultan del universo.

« Diez y ocho pages de blondos cabellos como sus « hermanas ; diez y ocho pages, hijos todos de los begs « de Albania, nos ofrecen con mano graciosa el vaso « de bordes dorados lleno de un vino tan trasparente « como su cristal.

« ¡ Ah ! ¿ preguntad á Bajazet, si el trono que él

« ocupa puede hacer mas feliz á un sultan que lo que « yo lo soy ? No, no, el imperio no dura mucho tiempo á nadie. Y si Bajazet os dice que las grandezas de los señores del mundo son permanentes, « miente ! »

En fin, una de sus tentativas de evasión fué burlada en el momento en que el príncipe, que se habia descolgado por medio de una cuerda del torreón al foso del castillo, iba á huir á la córte de Francia sobre un caballo preparado por sus amigos. La desventurada Filipina fué arrancada de sus brazos como cómplice de sus aspiraciones á la libertad.

Un castillo aislado á las orillas del Ródano recibió por la quinta vez la víctima de los caballeros de Rodas dentro de sus muros. El amor llegó sin embargo á entablar de nuevo por medio de mensajes raros y secretos entre Djem y Filipina una correspondencia por cartas, de la que subsisten algunos fragmentos en los archivos del Oriente.

XVI

Así acabaron estos tristes amores, que habian hecho olvidar por espacio de dos años el tormento del cau-

tiverio y la pérdida de la patria, á un príncipe desventurado.

Aubusson, como si hubiese envidiado á su prisionero hasta las dulzuras de esta piedad de mujer, ordenó á su sobrino que arrancase á Djem del castillo de Sassenage, y que lo llevara de prision en prision á las encomiendas mas aisladas de la Orden, como para hacer perder su huella á los príncipes á quienes interesara su suerte. Estas nuevas prisiones duraron tres años. La política recelosa del gran maestre temia siempre que la compasion ó el soborno abriesen á este cautivo las puertas de estos torreones. Para cerrar con mano segura sus cerrojos, Aubusson mandó á su sobrino que condujera al prisionero al corazon de la provincia montuosa y sombreada de encinas del Limosin, al castillo de Bourgneuf, feudo de los de Aubusson, en donde este gran maestre habia nacido. Habitaba el castillo su hermana, soberana de Aubusson. Los caballeros hicieron construir en la cima de una roca una torre cuadrada de ocho pisos para alojar en ella al príncipe, á sus carceleros y sirvientes. Sveadeddin, segun uno de los compañeros de cautividad del sultan, describe así esta torre: «Sobre los subterráneos abiertos en la roca estaban «las cocinas; en el primer piso la habitacion de la «guardia; en el segundo, los servidores otomanos

«del sultan; en el tercero y el cuarto los aparta-
«mientos de Djem; en los dos últimos pisos, los ca-
«balleros encargados de vigilarlo y de distraerlo en
«su soledad.»

XVII

El horror y la desesperacion de tal residencia, que no esclarecian siquiera la aparicion de la hermosa Filipina ni sus cartas, impulsó á Djem á emplear todos los subterfugios posibles para evadirse de su prision. Hussein-Beg, uno de sus confidentes, llegó á salir y á llevar al príncipe de Borbon los indicios necesarios para libertar á su amo. Djelal-Beg, otro de sus visires, largo tiempo separado de él desde las violencias del castillo de Rossellon, y que habia recorrido las córtes de Italia para buscarle libertadores, volvió voluntariamente á compartir su cautiverio. Él le trajo noticias y esperanzas. El rey de Francia, el rey de Nápoles, el duque de Saboya, el rey de Hungría y el pápa, negociaban su rescate con la Orden de Jerusalem. Aubusson les daba esperanzas fallaces; pero tal prenda era demasiado preciosa en sus

manos para no pedir por ella una suma elevada. Los caballeros especulaban igualmente bajo todas las formas del ódio ó del afecto que inspiraba su rehen. Independientemente de las reliquias, de los presentes, de los cuarenta y cinco mil ducados de oro que el consejo de los caballeros recibia anualmente de Bajazet II por el rigor con que trataba á Djem, Aubusson, por una regia codicia que engañaba hasta el corazon de una madre y de una esposa, «arrancó «veintiseis mil ducados de oro á la madre y la esposa «del cautivo, refugiadas en el Cairo, con el pretexto «de emplear estas sumas en comprar la proteccion «de las córtes de Europa en favor del objeto de su «ternura. Se sobornó al visir depositario del sello «del príncipe, y cartas supuestas de Djem, selladas «de esta suerte, y dirigidas á su madre, á su mujer «y á diferentes soberanos del Occidente, hablaban «de la libertad de que gozaba.» La falsía y la estafa del gran maestro se calificaban de hábil política; el héroe del sitio de Rodas no tenia escrúpulo en cometer estos crímenes de Estado.

XVIII

Durante estas ignominias y este mal tratamiento, Aubusson, apremiado por los murmullos de los príncipes de la cristiandad, que pedian á Djem para instrumento de la ruina de Bajazet II, negociaba por pudor la libertad de su prisionero con estas cortes. Esperaba en cambio lograr del papa nuevos privilegios soberanos para la Orden, y la dignidad de cardenal para sí mismo. Pero cuanto mas irritaba con las dilaciones los deseos de la córte de Roma, mas subia el precio de su víctima en provecho propio y en el de sus caballeros. En medio de estas circunstancias, afectando un interés paternal hácia Djem, le envió de Rodas á Bourgneuf, Sinan-Beg, y Ayas-Beg, dos partidarios del príncipe, detenidos hasta entónces por el gran maestro en las mazmorras de Rodas y puestos en libertad para ir á tratar con el sultan cautivo del perdon de su cautiverio. La Orden, dispuesta á traficar con Djem para convertirlo en pretendiente contra Bajazet II, sentia la necesidad de reconciliarse con un príncipe que podia volver á ocupar el trono

de Constantinopla, á fin de evitar que quisiera vengarse de sus perfidias.

Bajazet II, por su parte, informado de estas negociaciones entre la Orden y el rey de Francia, empleó para desbaratarlas, los medios que le habian servido para ganar á los caballeros de Jerusalem. Envió á Carlos VIII, por medio de un embajador, cofres de cedro y de oro, llenos de reliquias verdaderas ó falsas, que la conquista de Constantinopla habia dejado en el serrallo de Mahomet II. Pero estas reliquias, muchas veces apócrifas, bautizadas con los nombres mas santos por la supersticion fraudulenta de los griegos, y cuyo valor era inestimable para los primeros cruzados, habian caido en mucho descrédito en las cortes políticas de Europa. Carlos VIII no quiso siquiera dar audiencia al embajador de Bajazet II, quien regresó con sus desdeñadas reliquias al Oriente.

XIX

El rey, penetrado de compasion y de ternura hácia Djem, juguete deplorable de la ambicion egoista de Aubusson, por su fiel emisario Nassuh-Tchelebi, in-

sistió con mayor empeño para que se pusiera en libertad al cautivo y lo entregara al papa. Carlos VIII seguia en esto, no solo las inspiraciones generosas de su corazon, sino los consejos de su política. Meditando una expedicion á Italia contra el rey de Nápoles, le importaba halagar al papa concurriendo á su deseo de poseer al príncipe otomano.

Pedro de Aubusson no osó resistir por mas tiempo á los deseos de dos cortes tan poderosas. El escándalo de la detencion del pretendiente otomano irritaba toda la Europa contra la Orden. El contrato entre el papa y el gran maestre estaba ratificado: los privilegios y las posesiones concedidas por la corte de Roma á la órden de Jerusalem compensaban con exceso los 45,000 ducados que daba Bajazet II por la cautividad de su hermano. Djem, trasportado á Marsella, y luego á Tolon, fué puesto en manos de los legados del papa, y Carlos VIII le dió una escolta de honor de cincuenta caballeros hasta Roma. Por un tratado secreto con el papa, el rey estipuló, que en el caso en que la corte de Roma revendiese á este príncipe con quien asi se traficaba á otra potencia, la corte de Roma pagaria á la Francia una multa de 10,000 ducados de oro.

Pedro de Aubusson, aunque soldado y no sacerdote de la Iglesia, recibió con el sombrero de púrpura de

cardenal el precio de sus perfidias, recompensa que deshonraba á la vez en él, al hombre y á la dignidad.

XX

Despues de siete años de cautiverio, Djem salió de su prision seguido de un pomposo cortejo de amigos, y de caballeros franceses, y se embarcó en Tolon con su séquito en dos galeras de Rodas. El hijo del papa Inocencio VIII, Francisco Cibo, habia ido á esperarlo en Civita-Vecchia, para hacer una entrada triunfal en Roma. El sultan de Brusa, montado en un caballo ricamente enjaezado, marchaba vestido con su traje y sus armas orientales, al lado del hijo de Inocencio VIII, seguido de los caballeros de Francia y de Auvergne, de sus amigos, de sus visires, de sus begs, de los embajadores de todas las cortes cristianas, de los cardenales, de los prelados, de los príncipes, de los oficiales de la corte de Roma. Alojado como soberano en el Vaticano, y presentado al papa por su hijo, Djem, acordándose de que era príncipe y musulman, manifestó su reconocimiento á su huésped, pero se negó orgullosamente á quitarse el

turbante y á doblar la rodilla ante el pontífice de otro culto. Acercóse con noble dignidad á Inocencio VIII, y le besó el hombro, como hacen los turcos con sus iguales. Despues de esta recepcion pública, conversó con el papa acerca de su historia, sus infortunios, encarcelamientos, cruel separacion de su mujer, de su madre, de sus hijos, y de su deseo de ir á reunirse en Egipto con los objetos queridos de su corazon.

Su elocuencia y su dolor conmovieron el corazon compasivo de Inocencio VIII, hasta el punto de arrancarle lágrimas. No obstante, manifestó amistosamente á Djem que su precipitada vuelta á Egipto, perjudicaria sus intereses y las esperanzas que los príncipes cristianos fundaban en su elevacion al trono de los sultanes. Le prometió la intervencion del rey de Hungría, que estaba dispuesto á socorrerlo con un ejército para que realizara su causa al otro lado del Danubio; insinuó que su conversion á la fe cristiana le aseguraria el cielo y el trono, poniendo de su parte á toda la cristiandad. Djem, que no habia aprendido hasta entónces á honrar en la deslealtad de los cristianos las virtudes de su religion, manchadas por la ambicion de los caballeros de Rodas, respondió al papa que « la soberanía del « mundo entero no le haria abjurar la fé de sus pa- « dres, y que esta abjuracion, si tenia la debilidad

« de consentir en ella, justificaria la deposicion del
« trono y la sentencia de muerte pronunciadas in-
« justamente contra él por los legistas otomanos. »
El papa, tan tolerante como político, cambió de con-
versacion y colmó al jóven príncipe de proteccion y
de magnificencia.

XXI

Djem vivió tres años en el Vaticano en un esplendido destierro, aguardando que la liga de los príncipes cristianos lo llevara á Hungría para derribar á su hermano del trono de los otomanos. Un enviado del soldan de Egipto, que llegó entónces á Roma, besó el polvo de los pies del caballo de Djem, como si hubiese saludado al mismo sultan en Constantinopla. Este embajador egipcio traía á Djem cartas de su madre y de su mujer. Estas cartas le revelaron el indigno subterfugio del gran maestro Aubusson para arrancarles los veinte mil ducados, que logró de su ternura por medio de una falsedad. El papa se indignó y mandó á los caballeros que restituyeran parte de esta suma.

Mustafá-bajá, negociador habitual del sultan Bajazet II en sus delicadas transacciones con los cristianos, llegó á Roma poco despues que Djem. Su mision tenia por objeto obtener del papa la reclusion perpetua de su hermano en los Estados pontificios, mediante cincuenta mil ducados de oro, pagados anualmente por el tesoro otomano.

Las esperanzas de Bajazet II iban mas allá de su cautividad; el carácter de Inocencio VIII, soberano dulce y bueno, impidió á Mustafá el insinuárselas al pontífice. Se creyó aperebir la mano de Bajazet en una tentativa de asesinato cometida contra Djem y castigada por el papa con la pena de muerte. Uno de los cómplices del crimen, Macrino del Castagno, confesó en la tortura que habian mediado las sugestiones y el oro del sultan.

XXII

Pero á la muerte de Inocencio VIII y al advenimiento de Borgia, conocido bajo el nombre de Alejandro VI, Bajazet II se atrevió á todo con un pontífice que no conocia ningun escrúpulo.

Los agentes griegos é italianos que Bajazet II pagaba en Europa para que le dieran cuenta del carácter de las disposiciones de los príncipes cristianos, y sobre todo del sumo pontífice, motor natural de todas las alianzas contra el islamismo, le escribieron acerca de la venalidad del cónclave, de la simonía del pontificado, del escándalo que habia causado en la cristiandad el nombre de Borgia, al salir de la urna del cónclave. Caballero español, sobrino del papa Calixto III, viviendo en Valencia en relacion oculta con una beldad célebre, la famosa Venozza, padre de una hija aun mas hermosa y libertina que su madre, y dos hijos, de los cuales el uno debia asesinar al otro por celos y rivalidad de ambicion, Borgia, llamado á Roma por su tío y nombrado cardenal, habia ocultado sus amores y afectado la piedad, como candidatura obligada para el gobierno de la Iglesia. Retirado durante el reinado de los tres años que habia vivido el sucesor de su tío, Borgia habia hecho ir á Roma á la madre de sus hijos bajo apariencias irreprochables. El misterio encubria sus desórdenes y los de su familia. Una casa aislada á las márgenes del Tiber, en un barrio desierto de Roma, ocultaba sus escándalos bajo el velo de una abnegacion falsa y una hipócrita virtud. Algunos cardenales se equivocaron : las riquezas heredadas de su tío y la cor-

rupcion de las promesas habian hecho lo demás. Habia sido elegido papa sin que él mismo se atreviera á creer en este exceso inesperado de fortuna, de audacia y de ilusion, causado á la Iglesia. La perversidad era su genio. El reinado de uno de los mas hábiles malvados que han deshonorado el trono y el púlpito habia comenzado bajo estos auspicios; el veneno y el asesinato iban á coronarlo.

XXIII

Semejante pontífice podia tambien vender la cabeza de un proscrito que habia comprado la Iglesia. Bajazet II envió á Mustafá-bajá á Roma con una carta. Esta carta, que existe, á lo que se dice, en los archivos del Vaticano, copiada literalmente por el protonotario apostólico Patriarches, estaba concebida en estos términos :

« El sultan Bajazet II, hijo del sultan Mahomet, al papa Alejandro, pontífice de la Iglesia de Roma.

« Vuestro legado me ha referido que el rey de Francia tiene intencion de reclamar á mi hermano « Djem, que se halla en vuestro poder. Este deseo

« por su parte, es tan contrario á mis intereses como
 « perjudicial á los vuestros y á los de toda la cris-
 « tianidad.

« Yo creo, y vuestro legado es de mi opinion, que
 « interesa á vuestra tranquilidad, al acrecenta-
 « miento de vuestro poder, y á mi satisfaccion, que
 « mi hermano, que está en vuestras manos, y que un
 « día debe morir, llegue cuanto ántes al fin de su
 « carrera; su muerte me será muy agradable, y á
 « vós muy útil. Disponed pues lo mas pronto posi-
 « ble que Djem deje las miserias de esta vida; que
 « su alma, sea trasportada por vuestros cuidados á
 « otra mansion, donde goce de un reposo seguro. Si
 « cumplis mis votos, si me enviais su cuerpo á un
 « punto de ultramar, que gustéis indicar, os man-
 « daré tener allí preparada la suma de trescientos
 « mil ducados de oro, con los que podreis dotar á
 « vuestros hijos. Prometo ademas que no se hará
 « mal alguno á ningun cristiano, cualquiera que
 « sea su clase y condicion, ni en mar ni en tierra, ni
 « por mí, ni por mis súbditos, si no media provoca-
 « cion. Y para que no dudeis de mis promesas, juro
 « llenar las condiciones que yo propongo, por el
 « nombre del verdadero Dios, que crió el cielo y la
 « tierra y todo lo que ellos encierran, por ese Dios
 « en quien creemos y á quien adoramos vos y yo. »

XXIV

Borgia comprendió con semejantes insinuaciones el valor del rehen que Inocencio VIII habia dejado en sus manos. Con la astucia que caracterizaba entonces la política romana de su casa, política cuyos crímenes ejecutaba Cesar Borgia, mientras que el historiador Maquiavelo escribia la teoría de ellos, el papa no dió demasiadas esperanzas ni desahució completamente á Bajazet II. Por la primera vez el soberano pontífice vicario de Cristo en Roma, envió un embajador al soberano, vicario de Mahoma. Este embajador de Alejandro VI en Constantinopla, era Jorge Bocciardo, gran maestre de ceremonias de los papas. Los analistas contemporáneos otomanos é italianos, cuentan que Bocciardo ofreció á Bajazet II, ó la prision perpetua de Djem por cuarenta y cinco mil ducados de oro pagados anualmente al papa durante la vida del príncipe, ó la muerte inmediata de Djem por trescientos mil ducados de oro pagados en cambio de su cadáver. A pesar de la autoridad de Sveadeddin, de Guichardin y de Sismondi, la historia

imparcial debe poner en duda el convenio del asesinato por trescientos mil ducados. Los sucesos subsiguientes y la vida misma de Djem la desmienten. Bajazet II, se ve por su carta, no habia reparado en algunos miles de ducados cuando trataba de la seguridad de su imperio. Pero entre tales criminales, la sangre pesa mas que el oro. El tratado se realizó con las condiciones de cuarenta y cinco mil ducados de oro que el sultan prometió pagar á Alejandro por cada año de la vida de su hermano, á quien el papa habia de guardar en eterno cautiverio. La caballería de Rodas y el gobierno de la Iglesia de Roma, traficaron con vergonzosa emulacion con sus interesadas condescendencias en favor del señor del imperio otomano. Bajazet II quedó tan satisfecho con las que pagaba á Alejandro VI, que juzgó que debia pedirle el sombrero de cardenal para el embajador romano Bocciardo, negociador de este tratado entre las dos cortes.

Temiendo que se evadiese de Roma para ir á inquietar á su hermano á las fronteras de Hungría, Djem fué encerrado por el papa en el castillo de San Angelo en Roma, sepulcro del emperador Adriano, convertido en capitolio, ciudadela, palacio y carcel de los papas de la Roma moderna. Allí languideció dos años en una cautividad espléndida á veces, sór-

da otras, segun el interés que tenian los Borgias, el papa y sus dos hijos, en honrar á degradar á su huésped.

XXV

Carlos VIII se aproximaba á Roma con un ejército francés en contra del rey de Nápoles, aliado de los Borgias. El papa dudaba si el jóven conquistador francés respetaria en él al pontífice supremo de la cristiandad, ó si iba á castigar sus crímenes y reprimir su ambicion. En esta incertidumbre creyó oportuno encerrarse con su hijo Cesar Borgia y sus tropas en el castillo de San Angelo, prision de Djem, para dejar pasar el torrente francés.

Abriéronse negociaciones. Carlos VIII exigió que Cesar Borgia, hijo y general del papa, cambiase de partido y se uniese á los franceses contra el rey de Nápoles. La política no le hizo olvidar la generosidad : exigió tambien que el sultan Djem, le fuese entregado para tratarlo como soberano y no como cautivo de su corte. La entrevista que tuvo lugar para poner en libertad al principe otomano entre Car-